

MARIE NIEHOFF

LA
CAÍDA
DEL
REY

CROSS
BOOKS

ÉL ES SU VENGANZA.
ELLA, SU PERDICIÓN.

MARIE NIEHOFF

LA
CAÍDA
DEL
REY



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *When The King Falls (Vampire Royals Band 1)*
© del texto: Marie Niehoff, 2023
Publicado por acuerdo con Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg a través de
International Editors and Yañez' Co.

© de la traducción: Ana Compañy Martínez
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-08-29783-3
Depósito legal: B. 21.027-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o esca-
near algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.

—Parece contenta —susurro por encima del murmullo de la multitud y me gano una mirada de desaprobación de Valerian.

—Claro que sí —murmura él, en voz todavía más baja para que nadie lo oiga—. De lo contrario, lo más probable es que el rey ordene que la maten.

Lo dice sin siquiera pestañear. Mi hermano está inmóvil a mi lado, con un elegante traje negro que hace que su piel parezca aún más pálida de lo habitual. Tiene las manos cruzadas en la espalda y observa la escalera de mármol al frente de la sala. Allí está la novia de sangre del rey; es fácil de reconocer por sus pendientes de rubí en forma de lágrima. Lleva el cabello negro azabache peinado en un elaborado recogido. Bajo los focos, su piel morena es casi dorada y su sari rojo oscuro parece fundirse con la alfombra que baja por la escalera entre la multitud. Está hermosa. Y a pesar de todo lo que probablemente haya sufrido durante el último año, mantiene la barbilla en alto.

—Pero parece estar bien —lo intento de nuevo, con otras palabras. No quiero su pesimismo, sino su consuelo.

Esta vez, cuando Val me mira, la desaprobación se ha

convertido en pena. Me pone la mano un segundo entre los omóplatos, como si quisiera tranquilizarme con el leve contacto, y me dedica una sonrisa casi imperceptible.

—Sí, goza de una salud excelente.

Sé lo que piensa. Si bien puede parecer que esta joven está ilesa, es probable que tenga heridas más profundas que las marcas de mordedura o las cicatrices. Aunque trato de convencerme de que está bien, no soy tan ingenua como para creérmelo. Ha pasado un año entero en el castillo del rey, que lleva doce meses bebiendo de ella. No quiero ni imaginarme qué más le puede haber exigido.

A pesar de todo, mi objetivo es ser yo la que termine ahí arriba.

A veces me pregunto si estoy bien de la cabeza. Solo un loco elegiría ese destino. Las demás candidatas pueden estar tan cegadas por la perspectiva de una vida mejor que no se dan cuenta de la verdad, pero yo no.

Por desgracia, es demasiado tarde para cambiar de opinión. Nerviosa, me aliso el vestido blanco crema y busco el brazo de Valerian para aferrarme a él.

Me lo permite con un suspiro.

—Creía que ya habíamos hablado de esto, Flo —me susurra.

—Seguro que todavía tengo permiso para tocar a mi hermano —me quejo en voz baja.

—Colgar de mí como una niña no da una buena primera impresión. Mamá te ha dicho cientos de veces que queda infantil. Le estás dando razones para descartarte.

A regañadientes lo suelto y, en lugar de aferrarme a él, me cojo las manos en el regazo. Nuestra madre me enseñó esta postura. Según ella, indica fertilidad, algo que el rey Benedict debe de valorar.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Ninguna de sus novias de sangre ha quedado embarazada. Pero eso no quiere decir que no lo haya intentado. Y, desde luego, no quiere decir que no lo vaya a intentar conmigo.

Al fin y al cabo, necesita un heredero al trono, y los niños son una rareza entre los vampiros. Aprovechará todas las oportunidades que se le presenten para tener descendencia.

En un intento desesperado por distraerme, observo a la gente a mi alrededor. Las candidatas y sus acompañantes son los únicos invitados humanos a la celebración. El resto son monstruos sedientos de sangre. Intento que no se me note lo nerviosa que me ponen. Val está acostumbrado a exponerse a este peligro a diario, pero yo he crecido más protegida.

Mi mirada se vuelve a deslizar hacia delante cuando la luz se atenúa. La parte superior de la escalera es lo único que sigue iluminado por dos grandes focos. De repente, el silencio se apodera de la sala y se me eriza la piel de los brazos. La novia de sangre se pone rígida y casi parece como si quisiera hacerse invisible. No estoy segura de si respira de lo inmóvil que está, parece un cervatillo que de golpe se enfrenta a un lobo.

Solo puede significar una cosa.

Se oyen pasos lentos y sordos, pero es imposible distinguir exactamente de dónde vienen. Con curiosidad, estiro el cuello y dejo que mi mirada recorra las balaustradas que hay a nuestra izquierda y derecha, con la esperanza de encontrar al rey en la oscuridad. Quiero saber quién es el hombre en cuyas manos voy a poner mi vida. Quiero ver su cara y poder imaginar por fin cómo se verá cuando muera.

Los pasos se acercan, pero sigo sin verlo. A nuestro alrededor se oye el susurro de cientos de trajes y algo hace que toda la multitud se mueva a la vez. ¿Lo han localizado?

Por el rabillo del ojo veo cómo la gente de mi alrededor da un paso atrás. Confusa, miro hacia los lados. Ya no es-

tán girados hacia delante, hacia la escalera, sino hacia atrás. Y justo en el momento en el que al final me giro, Valerian me agarra del brazo y me atrae hacia él.

Alguien me roza el hombro. Un aroma fuerte y cautivador me envuelve, unos ojos verdes se encuentran con los míos. Es solo un momento fugaz y, sin embargo, me fijo en su piel pálida y los rizos oscuros que le caen sueltos por la frente. Sus labios carnosos. La cuidada barba de tres días.

Cuesta creer lo hermoso que es. No encuentro otra palabra para describirlo. Pero antes de darme la oportunidad de observar su rostro más tiempo, ya ha pasado de largo y solo me queda la visión de su ancha espalda y su traje negro.

De los nervios, el estómago me da un vuelco. Se oyen de nuevo susurros a mi alrededor y solo entonces comprendo por qué se ha producido ese movimiento entre la multitud. Se ha abierto un pasillo que va desde la entrada al vestíbulo hasta la escalera. Un pasillo para él.

El rey Benedict I.

Y yo era la única que se encontraba en su camino.

El pasillo se vuelve a cerrar y Valerian se acerca a mí, inclinándose.

—Contrólate —me dice al oído.

Trago saliva con dificultad.

—¿Por qué no lleva corona? —Es todo lo que consigo decir.

Val resopla.

—¿Te parece que la necesita?

No se me ocurre una respuesta. Observo al rey mientras sube la escalera con pasos constantes y lentos hacia su novia de sangre y le ofrece una mano. Le toma los dedos temblorosos y le besa el dorso de la mano; las comisuras de sus labios se alzan hasta formar una sonrisa fría y cruel.

Aunque sé lo que es, sigo encontrándolo atractivo. Apa-

renta tener entre veinte y treinta años, pero lo más probable es que se vea así hace tiempo y que no cambie su apariencia por algún tiempo más. Me parece oler su aroma otra vez y me estremezco. Cuanto más miro a este hombre, más siento una extraña mezcla de fascinación, atracción y miedo. Sin embargo, no puedo permitirme ninguno de esos sentimientos.

El rey atrae a la joven hacia sí y ella inclina voluntariamente la cabeza hacia atrás. Contengo la respiración, sin saber dónde posar mi mirada. La imagen que pintan es grotesca, pero apartar los ojos sería un error. Y ya he cometido demasiados.

La novia de sangre cierra los puños y el rey le pone los dedos en el brazo y la sujeta. Su agarre no parece brusco, pero estoy segura de que es de hierro. Los vampiros son físicamente superiores a los humanos en todos los sentidos. Y cuanto más largas son las noches, más fuertes se vuelven.

Ya no se oye nada. Ni un susurro, ni un cuchicheo. Solo el fuerte latir de mi corazón cuando el rey baja la cabeza y le roza el cuello a su novia de sangre con la punta de la nariz.

Durante una fracción de segundo veo los colmillos del rey brillar antes de clavarse en su cuello. La novia de sangre suelta un sonido de dolor apenas audible.

El rey cierra los ojos mientras bebe de ella. Es una escena sensual y, a la vez, es lo más espantoso que he visto en mi vida.

Durante media eternidad observamos todos inmóviles cómo el rey bebe su sangre y ella parece ir desmoronándose. Cuando por fin el rey la suelta y se endereza, vuelvo a coger aire, temblorosa.

Sigue sin mirar a la multitud. Mira a su novia de sangre y la examina pensativo, como si primero tuviera que meditar si está satisfecho con ella. Por fin, le dedica un asentimiento de cabeza casi imperceptible y ella se quita los pendientes de

rubí con movimientos erráticos y los deja caer en la mano extendida del rey.

Este señala con la barbilla hacia la escalera.

—Aquí termina tu servicio.

Por un momento, lo único que se oye en la habitación es su voz profunda. Entonces resuena un estruendoso aplauso.

La antigua novia de sangre da un paso atrás, hace una reverencia y baja corriendo la escalera. Las luces se vuelven a encender y, antes de que pueda vislumbrar al rey, Valerian aparece en mi campo de visión con una expresión sombría en su rostro.

—¿Preparada? —me pregunta, con voz queda, y yo solo consigo asentir con esfuerzo. Su semblante es sombrío e imagino que se debe a que se siente como yo. Ver lo que el rey ha hecho con la novia de sangre, lo que va a hacer conmigo, lo ha vuelto todo más real.

Mi mirada se detiene sin poder evitarlo en el cuello de Val. En la cicatriz que parte roja y blanca desde su oreja y desaparece bajo el cuello de su camisa. Me recuerda por qué luchó y al mismo tiempo me hace sentir que estoy cometiendo el peor error de mi vida.

—Piensa en todo lo que te hemos enseñado. Solo tenemos una oportunidad, Florence. Tiene que funcionar.

Clavo los dedos en la tela de mi vestido para que no se me note el temblor.

—Lo sé —digo con la voz más segura.

Me mantiene la mirada.

¿Teme por mí? ¿Se arrepiente de todos los planes y decisiones que nos han traído hasta aquí? No voy a dar marcha atrás. Mi destino es desempeñar este papel. Seré yo la que destruya este reino. Pero si Val ha cambiado de opinión...

—Bien —dice de repente. Me coge del codo para girarme y que volvamos a mirar hacia la escalera.

El rey ya se encuentra rodeado de candidatas vestidas de blanco.

—No perdamos más tiempo. Ha empezado el juego.



Parece imposible alcanzar al rey. Se mueve entre la multitud como un fantasma y rara vez permanece en un lugar el tiempo suficiente para seguirlo hasta allí. Cuando una de las candidatas lo atrapa, se deshace de ella más rápidamente de lo que esta podría tardar en presentarse. Y cada vez que veo la decepción en las caras de las candidatas, siento un poco más de miedo.

Nada parece requerirle esfuerzo. Cómo se comporta, cómo habla, cómo se mueve. Y dondequiera que esté, los que lo rodean parecen contener la respiración. Valerian tenía razón. No necesita una corona para que lo reconozcamos como el rey de este país. Yo, por otro lado, siento que estoy participando en una extraña búsqueda del tesoro diseñada para humillarme.

¿Por qué nos pone tan difícil llegar hasta él? ¿Cómo pretende elegir una novia de sangre al final de la velada si no nos concede ni diez segundos de su atención?

Quizá sí que es un juego para él. Se presenta inalcanzable y cuando permanece en el mismo sitio mucho tiempo, habla con los otros vampiros para que no nos atrevamos a molestarlo. Pero ¿para qué estamos aquí si pretende ignorarnos a toda costa? A menos que...

Quizá solo espera a que una de nosotras se atreva a acercarse de todos modos.

¿Y si nos está retando? ¿Y si quiere ver cuál de nosotras es suficientemente valiente como para enfrentarse a él?

Por desgracia, no es más que una suposición y no puedo arriesgarme. No con la imagen que hemos creado, y menos

cuando todo por lo que llevamos trabajando durante veinte años depende de este encuentro.

—Le vas a hacer un agujero en el cráneo como sigas mirándolo así —suenan la voz de Valerian en mi oído.

Suelto un resoplido.

—Solucionaría el problema.

El rey Benedict está a unos diez metros de distancia en un círculo con tres hombres y agita con indiferencia su copa de vino. O, al menos, creo que es vino. Cuando aparto la mirada de su rostro, me doy cuenta de que el líquido de color rojo intenso deja gruesas manchas en el cristal. Creo que voy a vomitar.

Mi hermano me tiende una copa de champán. La cojo, me doy la vuelta y doy un largo trago.

—Todavía no te he visto hablar con él. —No se me escapa el ligero reproche en su voz.

—¡Intenta atraparlo tú! —siseo—. Es como una sombra. —Me giro de nuevo y, como para darme la razón, los tres hombres ahora están solos—. ¿Dónde...?!

—Junto a la escalera —me avisa Val con tranquilidad mientras me señala el lugar con la barbilla. El rey Benedict está cruzando la sala en este momento y dos candidatas le pisan los talones. Se libra de ellas tan rápido como de todas las que lo han intentado hasta ahora.

—No habla con ninguna de nosotras —digo frustrada.

—Pues haz que te hable.

—¿Y consejos útiles no tienes?

Me dedica una sonrisa torcida tan encantadora como desagradable.

—Las fiestas son cosa tuya. Yo me encargo del trabajo sucio, ¿te acuerdas? Y ahora, si me disculpas, voy a intentar sabotear a la competencia.

Valerian pasa por mi lado y se dirige directamente hacia

una de las mujeres, a la que reconoce como obvia candidata por su vestido blanco. El código de vestimenta nos beneficia. El blanco se destaca entre la multitud vestida de negro y hace que Val pueda localizar con facilidad a las otras nueve mujeres. Ahora solo nos queda esperar que su cara bonita sea suficiente para distraerlas de su objetivo. No lo va a ser su personalidad, al menos si es tan fanfarrón con ellas como conmigo.

«Haz que te hable».

¡Como si pudiera chasquear los dedos y conseguir que el rey de Inglaterra me prestara atención! Por desgracia, Val tiene razón. Es mi misión. Y no debería distraerlo a él de la suya. Al fin y al cabo, es esencial para nuestro plan que recabe tanta información como sea posible durante esta velada. Preferiría salir con vida del castillo al acabar esta misión, aunque no estoy muy segura de cuán realista es esa posibilidad.

Le lanzo una mirada fugaz al rey Benedict. Está cruzando la sala a pocos metros de mí. Al parecer, ha ignorado a todas las candidatas, al menos por el momento, porque la única que parece estar a la vista aparte de mí es la chica con la que Valerian acaba de entablar conversación.

Es mi oportunidad de llamar su atención, pero tengo que hacerlo con más maña que las que me han precedido.

Decidida, me pongo en movimiento. En vez de dirigirme directa al rey, hago como si fuera en otra dirección. Nuestros caminos se cruzan aparentemente por casualidad detrás de un pequeño grupo de vampiros. Espero el momento oportuno en que rodea al grupo y caigo directa en sus brazos. Mi copa de champán se desborda. Un poco del líquido burbujeante me cae por los dedos y gotea hasta el suelo.

—¡Ah! —dejo escapar, intentando mantener la calma por dentro. El rey se ha quedado quieto de golpe. Mantengo la vista fija en el suelo y le limpio a toda prisa la manga

del traje, en la que ni siquiera ha caído nada—. ¡Perdonadme, señor! Qué torpe por mi parte, no... —Y entonces lo miro a la cara por primera vez. Ni siquiera tengo que fingir mi sorpresa. Aunque ya sé quién es, verlo tan de cerca sigue haciendo que se me hiele la sangre en las venas.

El rey Benedict ha inclinado ligeramente la cabeza y me examina con sus ojos verdes como miraría un depredador a su presa. Contengo un escalofrío. Su mirada es tan penetrante que me parece que puede leer todos y cada uno de mis pensamientos. Y al mismo tiempo vuelve la extraña fascinación que ya he sentido antes. ¿Cómo puede ser tan atractivo un monstruo tan cruel? Su aroma llega a mi nariz y tengo que tragar. ¿Sus labios sabrán todavía a sangre?

Cielos, ¿en qué estoy pensando?

—Ay —digo—. Majestad... —Hago una reverencia a toda prisa e inclino la cabeza—. Lo lamento muchísimo y os pido mil disculpas. Es evidente que hoy no soy yo misma.

Resopla por lo bajo.

—Es evidente —confirma, seco, y hace ademán de pasar de largo.

¡No! Así no es como lo había planeado.

—¿Os he manchado? —pregunto, bloqueando su camino sutilmente—. Con el champán, quiero decir.

Hace una pausa. Nos miramos a los ojos y me late tan fuerte el corazón que lo noto en la garganta.

—¿Cómo te llamas? —pregunta. Su tono gélido hace que la piel de los brazos desnudos se me ponga de gallina.

—Florence Hawthorne, majestad. —Intento esbozar una sonrisa cautelosa.

El rey ni siquiera pestañea.

—Bueno, Florence. Parece que el año que viene tendré que pedir al servicio que ponga a prueba el sentido del equilibrio de las candidatas. Buenas noches.

Me aparta a un lado con la mano y desaparece entre la multitud. Estoy tan perpleja que no puedo hacer otra cosa que mirarlo fijamente con incredulidad.

No... No puede hablar en serio, ¿no?

Miro a mi alrededor, parpadeando. Algunos invitados se han girado hacia nosotros y han visto el espectáculo. No se me pasa cómo cuchichean sobre mí.

Genial. No solo me ha insultado, sino que encima me ha puesto en ridículo en público. Tendría que haber tenido en cuenta la posibilidad de que me saliera el tiro por la culata. ¡Pero mi torpeza debería resultar simpática, no ponerme en evidencia!

Enfadada, me sacudo el champán de los dedos, pero los noto pegajosos, así que me dirijo al baño. Dejo el vaso medio lleno en la bandeja de un camarero y poco después entro en el pequeño servicio.

Las puertas de madera de los dos baños están entreabiertas, así que por suerte estoy sola. Me paro frente a uno de los lavabos, medio cegada por las brillantes luces led del espejo de maquillaje, y me permito dejar caer la máscara por un momento. La velada está siendo demasiado frustrante.

—¡Imbécil arrogante! —siseo, echándome jabón rojo en la palma de la mano. Por supuesto que es rojo. Dios, qué dramáticos son los vampiros. Me pregunto si les seguiría gustando tanto el color si fuera su sangre la que se sirviera en el bufé—. «Es evidente» —imito al rey, pero inmediatamente me muerdo el labio. Tengo que controlarme. Ahí fuera no puede darse cuenta nadie de lo poco que lo aguanto. ¡Pero estoy tan enfadada! Si no quisiera matar a ese monstruo, no le dedicaría ni un segundo más de mi tiempo. Sin embargo, tengo que seguir cortejándolo como si fuera una adolescente prendada. ¡Vaya mierda!

—¿A quién estamos poniendo verde?

Me sobresalto al oír una voz. En el espejo veo cómo se abre del todo una de las puertas entreabiertas de los baños a mi espalda y sale una mujer con rizos castaño oscuro, piel clara y pecas. Parece tener un par de años menos que yo, quizá unos veinte. Sin embargo, lleva un vestido blanco como la nieve, de estilo anticuado y con mangas de volantes. Competencia. No puedo permitir ni siquiera que su sonrisa amable haga que se me olvide.

—Lo siento. Pensaba que estaba sola —contesto evitando deliberadamente la pregunta. Lanzo una mirada confusa al baño que tiene detrás. ¿Qué estaría haciendo allí con la puerta abierta?

Se coloca a mi lado, se inclina y mete un libro viejo debajo del lavabo hasta que ya no se ve. Me quedo boquiabierta. ¿En serio se ha traído un libro a la celebración del solsticio y lo ha escondido en el baño para leérselo? Pero ¿sabe por qué está aquí o no?

—Me estaba escondiendo de mi hermano —me explica con una sonrisa.

No puedo evitar sonreírle en respuesta.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿También tienes uno así? —pregunta, poniendo los ojos en blanco y enderezándose de nuevo.

—Sí. Son horribles, ¿verdad?

—Insoportables —confirma—. ¿Tu hermano es el imbécil del que hablabas o es que has llegado a conocer al rey?

Un resoplido revelador se me escapa antes de pararme a pensar si es prudente ser tan sincera.

—Ah —dice, y su sonrisa se hace todavía más amplia—. Lo segundo, entonces. Toma. —Me da una toalla para que me seque las manos.

—Gracias. ¿Tú también has tenido el honor? —pregunto con cautela. Que parezca estar tan molesta con el rey como

yo me produce una agradable satisfacción. No confío en ella, pero como ya no he podido ocultar mi opinión, seguro que esta conversación no puede ir a peor.

—Mmm. Hoy está mostrando su lado bueno, ¿no? Muy regio. Será un milagro si al final de la velada queda alguna candidata dispuesta a ocupar el lugar de la novia de sangre. Seguro que todas huyen antes de la proclamación. Por lo menos, yo no pasaría un año con él por voluntad propia.

—Comprensible —admito. De verdad parece no importarle que la elijan o no esta noche. Que esté leyendo en secreto en el baño en vez de perseguir al rey como el resto de nosotras lo demuestra. Pero, entonces, ¿por qué molestarse con todo el esfuerzo que implica presentar la candidatura? ¿Todos los cuestionarios, conversaciones y exámenes solo para tener la inmensa suerte de llegar al baile y luego esconderse?

¿O la ha obligado su hermano a participar?

Sería horrible. Se diga lo que se diga de Valerian, al menos no me ha obligado a entregarme a desconocidos. Estoy aquí por voluntad propia. Y así seguirá hasta que me manden a casa.

—Seguro que queda alguien. Al fin y al cabo, no se trata solo del rey.

—¿Y de qué se trata? —pregunta con interés—. ¿Poder? ¿Influencia? ¿Dinero?

Como si tuviera que preguntarlo. Diría que el noventa por ciento de las candidatas se presentan por estos motivos. Al fin y al cabo, la corona nos atrae justo con esas promesas: una vida mejor y más segura. Y cuando vives en una sociedad que nos bloquea tantos caminos hacia la cima a los humanos, aprovechas incluso la más mínima oportunidad para conseguir un poco de riqueza.

—Quizá. Creo que cada una de nosotras tiene motivaciones diferentes.

Me mira con curiosidad. Bajo la luz brillante, el color de sus ojos es indefinible. Podrían ser tanto azules como verdes.

—¿Y por qué lo haces tú? —me pregunta.

Vacilo. ¿Podría ser peligrosa? Lo más probable es que no. Tal vez tenerla de mi lado me beneficie al final, aunque solo sea porque así se le quitarán todavía más las ganas de convertirse en la próxima novia de sangre. Entonces le doy una respuesta sincera. O, al menos, la respuesta sincera para la Florence Hawthorne oficial.

—Me presento por los necesitados —le explico—. Por los huérfanos y los padres desempleados o sin hogar. Creo que podría hacer mucho con el dinero y la atención que recibiría aquí. Valdrá la pena tener que lidiar con ese imbécil durante un año.

—¡Ah! —dice con una sonrisa—. Eres Florence, ¿verdad? ¡He oído hablar de ti!

Resulta... inusual. El escándalo de hace cuarenta años, cuando mi familia perdió todo, pasó hace tanto tiempo que en realidad ya nadie habla de nosotros en Londres.

Pero no parece tener una impresión negativa de mí; al contrario. Entonces, ¿ha oído otra cosa de mí?

—Sí —admito—. ¿Y tú? ¿Por qué participas?

—Ah, yo no quiero participar —me asegura, sonriendo—. No te preocupes, no soy ninguna competencia.

—Por desgracia, yo tampoco —murmuro—. Me odia incluso más que a las demás.

Frunce el ceño, confusa.

—¿Y eso?

No puedo evitar ponerme un poco roja.

—Lo he arrollado.

—Ups.

—Mmm. Dos veces, a decir verdad. —Me tapo la cara con las manos.

—Bueno. —Hace un gesto con la mano—. ¡Sobrevivirá! Y tal vez tengas una tercera oportunidad para demostrarle que saber arrollar no es tu única cualidad. Pero quizá no deberías llamarlo idiota. Eso seguro que no termina bien. —Con un guiño, se da la vuelta para marcharse—. Me tengo que ir, creo que mi hermano me estará buscando. Cuando no me encuentra, siempre monta el drama y no es algo que quiera ver nadie. ¡Hasta luego, Florence! ¡Buena suerte!

Sale del cuarto de baño y yo me quedo mirando la puerta inmóvil.

Suerte voy a necesitar. A montones.